

EMPERADOR PESE A TODO

*Por Claudio Magris**

Toda ciudad del Imperio Austro-húngaro, cuenta Hermann Broch, hasta la capital de provincia más distante, poseía un teatro construido según el gusto esmerado y ecléctico que en severa y sólida melancolía, combinaba algún tímido y pomposo recuerdo del barroco, los trazos de la sobria majestad neoclásica, el modesto lujo Biedermeier y, algunas veces, sinuosos acentos Liberty. En cada uno de estos teatros había un palco imperial reservado para la eventualidad de una improbable, y sin embargo siempre previsible, visita del Emperador. Ese palco, que era el corazón del teatro, permanecía muchas veces, o más bien siempre, disponible, ya que ni sesenta años de reinado habían sido suficientes para garantizar la presencia del monarca o, mejor dicho, su ubicuidad. El centro simbólico alrededor del cual giraban la unidad sagrada y la reposada sociabilidad del Imperio era un palco desierto, un vacío, un espacio libre y transferible, una ausencia. Francisco José, en el que los rasgos seniles se conjugan con el semblante afectuoso y venerable del universo danubiano, es la única figura del autócrata moderno que ha elegido como técnicas del ejercicio del poder la moderación, la reserva, el aislamiento, la disimulación.

En realidad no fue autócrata ni mo-

* Nacido en Trieste en 1939. Uno de los más importantes estudiosos de la monarquía austro-húngara. Ha publicado, entre otros libros, *El mito de los Habsburgo en la literatura austriaca* (Einaudi, 1963) y *Joseph Roth y la tradición hebraico-oriental* (mismo editor, 1971).



derno: era el soberano constitucional de un país gobernado según las reglas del sistema liberal y protegido por una justicia escrupulosa que no dudaba, si la ley lo exigía, en culpar al monarca. Tal fue el caso de un célebre debate en el que el juez rindió sentencia favorable a un ciudadano que había intentado un proceso contra el Emperador, y que recibió de este último una alta condecoración por haber defendido el Derecho. Francisco José era un monarca que llevaba una corona supranacional, vinculada a la herencia del Sacro Imperio Romano, y que fue obligado a vivir con entereza burocrática el paso de la tradición a la rebelión moderna, salvaje y liberadora, de las individualidades históricas y sociales.

Su prudente reserva no tiene nada que ver con la táctica política de los estadistas del siglo XX, que se retiran a la soledad y parecen elegir el silencio para desorientar al adversario, y súbitamente reaparecen con una eficacia superior, tomando por sorpresa a unas masas agotadas aún más disponibles a la seducción y al exaltamiento. La impersonalidad de Francisco José, al contrario, recuerda la de las efigies de los reyes en las monedas: no sugiere la imagen de un personaje preciso, pero garantiza, gracias al perfil insustituible, el valor y legitimidad de la moneda.

La aureola de poder que rodea el semblante de Francisco José, con sus ojos azules porcelana, sus cejas nutridas y gruesas patillas, proviene de su

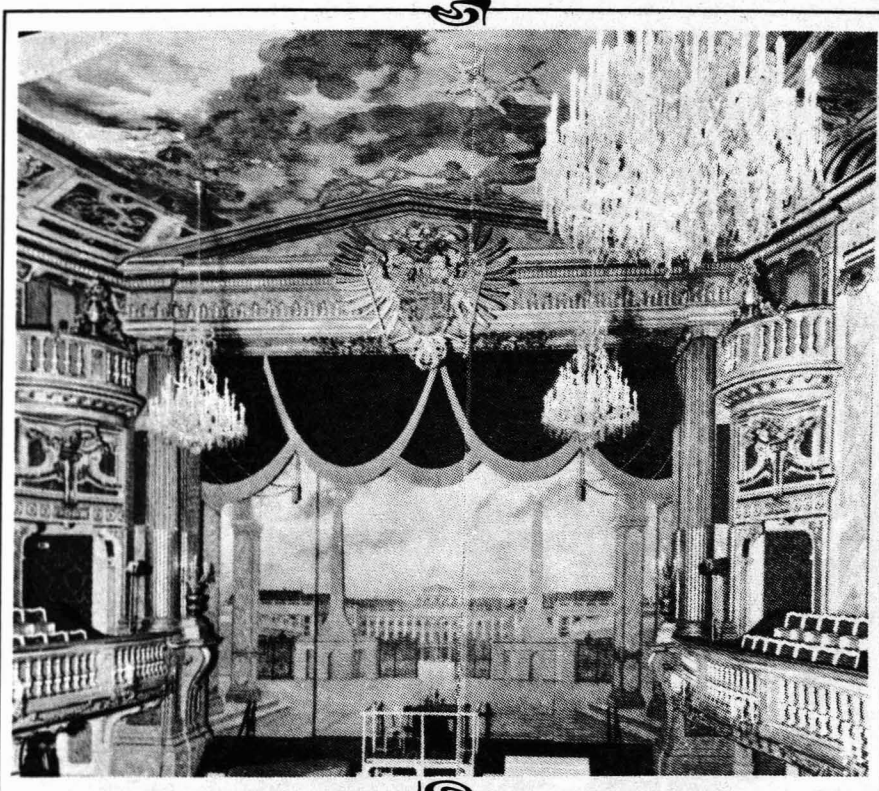
capacidad para transformarse en símbolo puro —inconfundible pero reproducible a placer— del Estado y su ecumene plurinacional. Francisco José es el monarca que resume en sí el mosaico compuesto de un Imperio cuyo himno era cantado en trece lenguas. Tiende su cetro sobre un atlas multicolor de pueblos y razas, de planicies umbrosas y montañas infranqueables, de ciudades modernas y poblados arcaicos, de los Balcanes a los Cárpatos, de Tchernovsky a Salzburgo, de Trieste a Leopoli: la monarquía dual hace perdurar hasta el siglo XX un eco de los imperios antiguos, cimentado en las tierras, culturas y pueblos más diversos. Pero sobre esta multiplicidad se imprime, como un timbre oficial, la marca del pendón amarillo y negro o del águila bicéfala: hasta en las regiones más lejanas al Estado, las oficinas públicas, los cafés, los ancianos siervos, la corrección de los funcionarios, la dignidad de las buenas maneras y una escéptica alegría de vivir crean una intimidad doméstica, una intimidad de barrio a la escala del cosmopolitismo. Lo remoto y lo habitual, lo novedoso y lo conocido, lo exótico y lo cotidiano se intercambian y superponen en esta suerte de hogar multiforme o de periferia ilimitada que constituye el Imperio.

Francisco José no es una persona, es un Imperio. El poder que posee hasta ciertos límites en tanto individuo y que ejerce con una moderación prudente le hacen valer como Institución. Los estadistas de los siglos XIX y XX son personalidades, excepcionales o modestas, que tienden al dominio o a la conquista. Francisco José es un Estado, un Imperio ocupado en resistir y perseverar; en él el poder no se expresa bajo una forma de expansión o agresividad sino bajo la del instinto de conservación. Es una fuerza que busca más sobrevivir que vencer.

Nacido en 1830, llegado al trono en 1848, muerto en 1916, Francisco José manifiesta físicamente ese *pathos* defensivo de la supervivencia: es un con-

temporáneo de Metternich y Trotsky; de Manzoni y de Joyce. Pero esta existencia míticamente prolongada se revela como un ejemplo de entropía fatal, una progresiva reducción de la vida y sus riquezas. En el plano político, a pesar de la solidez de la clase dirigente austrohúngara, estos sesenta años de reinado no son más que una sucesión de guerras perdidas, crisis sociales y gubernamentales, alzamientos centrifugos cada vez más fuertes, desquiciamientos institucionales. En el

como un peso y no como la gloria de sobrevivir a los otros (que nos fue implacablemente revelada por Elias Canetti). La célebre frase con que recibía y comentaba todo drama público o privado —“En verdad, nada me está dispensado”— se torna un refrán que busca apartar la violencia banalizando en regulación del malestar. Ante las amenazas de lo novedoso, el estilo de Francisco José lleva hasta los límites de lo trivial la estrategia defensiva de la elisión y la repetición asimilán-



Teatro del Schönnbrunn

plano personal, las desgracias afligen a Francisco José como a un héroe de tragedia griega: la soledad después de la muerte de su esposa Elisabeth; la aventura mexicana y la ejecución de su hermano Maximiliano; el fin misterioso de su hijo Rodolfo en Meyerling; la desaparición de otros miembros de su familia, como el archiduque Jean Orth; y hasta la muerte de Francisco Fernando en Sarajevo, con los pistolazos serbios que ponen punto final a un milenio de historia durante el cual la vieja Europa había ocupado el centro del mundo.

Francisco José arrastra esta vejez

dola a los ritos institucionales. Las imágenes del soberano (conocidas por todos sus súbditos) lo muestran grave y atento durante la procesión del *Corpus Domini*, rígido en los retratos oficiales, devotamente absorto en su prédica, bonachón bajo la ropa verde del cazador en vacaciones o en el severo uniforme militar, paternal en las pláticas familiares que concede a quienes le piden audiencia: inigualablemente suprapersonal y voluntariamente mediocre, condenado al poder como a un empleo o a una oficina.

Numerosas anécdotas, irónicas o favorables, subrayan su medianía nor-

mal, su inteligencia previsible, y lo muestran como el burócrata más escrupuloso del aparato imperial; como el servidor del Estado que duerme en una cama de hierro; como el soberano supranacional que detesta a los germanófilos nacionalistas y antisemitas y se siente más cercano del vendedor ambulante de castañas de la Bukovina que del intelectual austroalemán que profesa en Viena; y que, durante la guerra mundial, creía despistadamente que los enemigos eran siempre

José no pasa de ser el esposo comedido y fastidioso de la inquieta Elisabeth, el hermano prosaico, insensible, del apasionado Maximiliano. En su relación con Katharine Schratt nos lo presentan gustoso bajo el aspecto de un caballero resignado que bebe su café junto a una amiga discreta, en serena familiaridad. Sólo el siglo XX, después del grotesco derrumbamiento de las bellas almas superiores, pudo descubrir lo que hay de oculta poesía en su amor por la simetría y la tranquilidad,

contra el tiempo, ese rostro mediocre se endurece hasta convertirse en máscara inmóvil, casi mortuoria. No sin razón, la literatura ha caricaturizado a Francisco José como una marioneta, como una momia del poder, como el emblema de la vida fosilizada. Y sin embargo este emblema pétreo era el sello que salvaguardaba un mundo múltiple y gozoso, un mundo aún protegido de la masificación; el mundo de la opereta y del ecléctico kitsch vieneses, pero también el de los grandes espacios alrededor del Hofburg y del Schönbrunn concebidos como los refugios donde poder moverse y respirar; el mundo del vals y de las más grandes escuelas revolucionarias del siglo XX que abarcan literatura, música y filosofía. A la sombra de Francisco José viven y escriben, entre otros, Musil, Kafka, Rilke. Esta Viena luminosa y cínica es uno de los últimos corazones de Europa donde todavía no pueden ser separadas la inteligencia y la intimidad, la aventura del pensamiento y las reuniones en cervecerías, la odisea de la razón y el tenaz afecto por la caducidad de lo cotidiano.

De cara a este mundo que inmoviliza y protege a la vez mediante la abundancia de asignaciones, títulos y jerarquías (y que no logra comprender en realidad), Francisco José mantiene un tono de indiferencia condescendiente y de urbanidad ciega. En el teatro, después de cada espectáculo, pronuncia la famosa frase: "Estuvo muy bonito, me ha producido un gran placer", porque a un Emperador no le conviene dar una opinión individual y porque si se comienza a decir, que el autor es bueno, el director de escena mediocre, los actores mal preparados, no se sabe dónde acabará uno. El poder deja prueba de indolencia, de respeto, de una manía ligeramente paranoica mas también, y puede que *sobre todo*, de una tolerancia indiferente pero auténtica. ♦



los prusianos. Su amor por los uniformes, los desfiles y la geometría del orden militar se acompaña de una verdadera aversión por las guerras, pues sabía "que se pierden", como escribió Joseph Roth. En la cima de la pirámide del Imperio intenta apoyarse sobre una base popular y colectiva, y ante la hueca arrogancia de su estado mayor, se consuela pensando en la sagacidad de los furrieles.

La locuaz admiración de los modernos por las personalidades excepcionales y raras ha hecho burla de su mediocridad. Para muchos, Francisco

en su esfuerzo por aplazar el fin y rechazar toda acción (de cualquier forma condenada al fracaso), en su tentativa por anular la propia subjetividad en el austero pabellón del Estado. En un mundo que, desde el romanticismo, ha rechazado desde sus raíces la idea de la norma, Francisco José permanece como un símbolo radical de los valores medianos: se multiplica en los rostros de criados y ujieres que reflejan en todas partes (calles, oficinas, cafés) su apariencia de "familiar frialdad", para decirlo con Werfel.

Claro que, en esta batalla perdida

© Corriere Della Sera